

rias; después implorar, por la intercesión de María y del señor San José, la bendición de Nuestro Señor.

Los asuntos de adoración que van á leerse están compuestos solamente de estos diversos actos; si no los hemos especificado ni colocado en una evidencia metódica, es para permitir al piadoso adorador expresarlos por sí mismo según se sienta inspirado, y creemos que si es bueno sostener y reglamentar la oración, es preciso dejar á cada alma la tarea y el consuelo de hacerla.

MANUAL
DE
LA ADORACIÓN.



LA INSTITUCIÓN
DE LA EUCARISTÍA.

El Hecho.

I. — ADORACIÓN.

ADORAD á Nuestro Señor instituyendo el Sacramento de la Eucaristía en el exceso del más grande amor.

Contempladle en el último día de su vida, en la tarde de su muerte, en su última hora de libertad, sentado en medio de sus apóstoles, entre San Pedro y San Juan. Acaba de humillarse ante ellos hasta el grado de lavarles los pies; los apóstoles están emocionados, conmovidos: ¿qué va á suceder?

Jesús toma el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo

parte, diciendo: «Tomad y comed todos. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí.»

En seguida toma el cáliz lleno de vino y mezclado con un poco de agua; le bendice, da gracias y dice: «Tomad y bebed. Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Adorad á Jesús en esos diversos actos; escuchad sus palabras y seguidlas atentamente con el respeto del amor. Ved qué dulce majestad ostenta toda su Persona, qué bondad su mirada, qué acento de ternura sus palabras.

Después, haced un acto de fe formal y detallado á todo este misterio.

Yo adoro, oh Jesús, vuestra veracidad; yo creo que verdaderamente habéis pronunciado aquellas palabras adorables; creo que son ciertas y que producirán eficazmente lo que ellas enuncian.

Yo creo que, á vuestra palabra, el pan se convierte en vuestro propio Cuerpo, y el vino en vuestra propia Sangre.

Creo que toda la sustancia del pan y del vino fué cambiada ó transustanciada en vuestro cuerpo y en vuestra sangre.

Creo que sólo quedaron del pan y del vino las apariencias ó accidentes exteriores, tales como el color, el sabor, el peso y la cantidad, y que sólo en vuestra sustancia quedaron convertidos esos accidentes.

Creo que entonces estabais tan verdaderamente presente bajo las especies consagradas, como en la mesa á la vista de vuestros apóstoles.

Creo que toda vuestra sangre se unió á la sustancia de vuestro cuerpo, bajo la apariencia del pan, y toda vuestra carne á la sustancia de sangre, bajo la apariencia del vino.

Y creo también, oh Jesús, que lo que hicisteis una vez en la cena, lo verifican como Vos, por orden y poder vuestro, los sacerdotes, en virtud de las palabras: «Haced esto en memoria de Mí.»

Creo, pues, que estáis presente en todas las Hostias consagradas, en todos los Tabernáculos del mundo, y os adoro en ellos, os alabo en ellos, os bendigo en ellos, ¡oh Jesús, autor de este Sacramento de amor! Uno mi adoración y mi fe á la de los apóstoles en la cena; os adoro con los ángeles que velan silenciosos y ardientes de amor en torno de vuestros Tabernáculos.

II.— ACCIÓN DE GRACIAS.

«Jesús dió gracias: *gratias egit.*»

Oh Jesús, Vos disteis gracias de que hubiera llegado el momento en que pudisteis dar libre curso á vuestro amor, y dejarle franquear todos los límites que pueden imaginarse.

Disteis gracias á vuestro Padre de que os permitiese entregaros á todos para siempre, sin reservar nada de Vos mismo, ni vuestro ser, ni vuestra gloria, ni vuestros derechos.

Os congratulasteis y expresasteis vuestro reconocimiento como si hubiese sido una ganancia ó un provecho para Vos.

¿Qué ganáis, pues, con daros así personalmente? ¿Qué esperáis sacar para Vos de tal exceso de amor? Las alabanzas y los homenajes ¿compensarán los olvidos y los desprecios, los insultos que habéis sufrido en la larga vida sacramental que comenzasteis en aquella hora?

¿Recibís tanto amor como ingratitud?

¿Creéis que se estimará ese tesoro en todo su valor?

¡Ah! ¡Vos sabéis qué cáliz tan amargo, siempre lleno y desbordante, os prepara este estado sacramental; sabéis muy detalladamente todo

lo que os espera; prevéis todas las circunstancias de la malicia humana; conocéis todos sus dobleces; medís toda su obstinación, y dais gracias porque queréis hacer el bien á muchas almas, á vuestras pobres criaturas: este es vuestro objeto supremo, vuestra alegría, vuestra recompensa, la necesidad siempre ávida y jamás saciada de vuestro corazón!

Y si Vos dais gracias porque podéis daros, ¿cuál deberá ser mi reconocimiento para Vos de quien recibo el don de vuestro infinito amor?

Es por mí y por nosotros todos por quienes instituisteis este Sacramento: *Pro nobis.*

¡Por mí aquella idea, por mí la invención sublime de la Eucaristía!

¡Por mí las maravillas del poder y el cúmulo de milagros que exige su institución!

¡Por mí esos esfuerzos de amor, de paciencia y de perdón, y los sacrificios sinnúmero y sin nombre que cuesta su perpetuidad!

¡Por mí, por mi bien y salvación, por mi fuerza, asistencia y consuelo!

¡Por mí! ¿Y quién soy yo? Nada y pecado, impotencia é ingratitud.

Y Vos, que os dais así, ¿quién sois? ¡Todo ser, toda perfección, todo amor!

¡ Oh amor, oh bondad, oh condescendencia, oh tesoros inagotables de las ternuras del corazón de Jesús! ¿qué os daré?

Reconozco, al menos, mis deudas, que no puedo satisfacer; confieso para gloria vuestra que os debo todo, ¡oh Jesús! Os doy gracias y os bendigo por todo.

Y alabaré y cantaré, para siempre jamás, la bendita hora de vuestro Sacramento y de mi Sacramento; fuente que no se agotará, principio siempre activo, foco inextinguible de la vida, de la gracia y de la misericordia de la Iglesia.

Ella produjo la Hostia llena de purísimas delicias de mi primera comunión; de esta cepa bendecida recojo todos los días el fruto fortificante que mantiene mi vida desfalleciente, porque la hora de la institución dura siempre, fija como un sol al firmamento de la Iglesia, y de quien espero el viático de mi día postrero. ¡De Vos, oh Jesús Eucaristía, espero mi Cielo eterno!

Entonces, en aquellos días que no tendrán noche, será cuando os rinda dignamente gracias por la institución de vuestro Sacramento, ya que mi inteligencia esté abierta para comprender las maravillas, y mi corazón abrasado

del amor infinito para amarle bastante. Y aun en el Cielo, ¿será capaz mi reconocimiento de subir á la altura del beneficio de vuestra Eucaristía?.....

III.—REPARACIÓN.

Al instituir la Eucaristía, dijo el Señor: «Este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi Sangre, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados.»

Estas palabras demuestran que la Eucaristía es un sacrificio, una inmolación, una muerte por el pecado.

Efectivamente, ¿no es estar muerto y más que muerto, para un hombre vivo, que reducido al estado de una hostia, se constituye en alimento del hombre? Ya no hay brillo en sus ojos, ni majestad en su persona, ni vida en sus labios; sólo reina el silencio, la obscuridad, la inercia y la muerte. ¡Ved si hay alguna diferencia entre un hombre vivo y su cadáver, y entre Jesús vivo, sentado en la mesa con sus apóstoles, y Jesús convertido en el pan que comen temblando.

El estado Eucarístico es, pues, un estado de muerte. Jesús le instituye, se reviste de él para

expiar nuestros pecados. Su sabiduría le muestra que es el único medio de contrabalancear ante el Padre el peso de los crímenes del mundo.

Es necesaria la humillación profunda de Jesús en la hostia para oponerse á nuestro orgullo; su obediencia, contra nuestras continuas contradicciones; su pobreza, contra la ostentación de nuestro lujo; su pureza y su desprendimiento de todo lo creado, contra nuestra sensualidad y las inclinaciones de nuestro corazón.

¡Padre santo, recibid esta hostia por mis pecados! ¡Jesús, yo os pido perdón de todas mis faltas y de la malicia persistente que tengo en renovarlas, cuando Vos aceptáis tan grandes sacrificios para expiarlas! ¡Yo las detesto con Vos, como Vos y tanto como Vos!

Además del estado de muerte que Vos mismo escogisteis, en el momento de la institución de la Eucaristía, ¡cuántas otras muertes llenas de ignominia os imponemos, oh víctima divina!

¡Muerte del aislamiento, muerte del insulto muerte de la ingratitud, muerte del sacrilegio!

Y Vos las veis dirigirse á Vos, odiosas, despreciativas, amenazadoras, insultantes, en la persona de Judas.

¡Y, sin embargo, instituíis vuestro Sacramento, y aceptáis sufrirlas!

Pero, ¡desgraciados de aquellos que os las inferen! ¡Perdón para ellos, oh Jesús! ¡Perdón para todos los que os abandonan, os desprecian y os insultan! Aceptad en reparación mi fe, mi respeto, mi poco amor.

«Esta es mi Sangre, que será derramada por muchos.» ¿Qué significa ese «muchos», sino que esta Sangre, dada por todos, no ha de servir en realidad á todos, y que habrá algunos endurecidos que se abstraigan obstinadamente á su acción redentora?

¡Ah! ¡Muy bien lo vemos! Esa Sangre se digna correr sin interrupción y brotar de mil fuentes á la vez, para extender por todas partes sus olas saludables, y hay almas que tienen la funesta ciencia de desaprovecharla.

Y pensando en estos pobres extraviados, padecisteis, al instituir la Eucaristía, el más penetrante dolor. Los visteis á todos en Judas; en aquel Judas que fué insensible á todas las muestras de vuestra ternura, que comulgó sacrilegamente, que murió impenitente, á pesar de los avisos, de las prendas sinnúmero de vuestro amor.

Y aquella idea os conmovía tristemente y os

hacía estremecer; os llenaba de profunda turbación. En esto estuvo el tormento supremo de vuestro corazón: en considerar inútil para muchas almas este Sacramento, prueba de un amor inmenso, fruto de innumerables sacrificios, renovación diaria y continuada de vuestra muerte.

¡Oh Jesús, yo participo de vuestro dolor y de vuestras angustias; yo os pido por los obstinados; os suplico que tengáis misericordia de los moribundos que rehusan, en aquella hora, recibir el Viático de su eternidad!

IV. — SÚPLICA.

«Haced esto en memoria de mí.»

Cuando Jesús nos ha dado todo; cuando en el acto sólo de la Cena se hizo á la vez nuestra víctima, nuestro alimento y nuestro compañero: nuestra víctima, para ser inmolado hasta el fin; nuestro alimento, para darse á todos los hombres de todos los siglos, pequeños ó grandes, pecadores ó santos; nuestro compañero, para guiarnos, seguirnos á todas partes y en todas las latitudes, y vivir con nosotros como un padre en medio de sus hijos, y como un amigo con sus amigos; cuando hace este

don que abraza todas las plenitudes, la de su ser divino y humano, la del tiempo y la del espacio, entonces, en cambio, hace á sus apóstoles, y á nosotros en persona de éstos, una humilde y conmovedora súplica: «Acordaos de mí.»

¡Sí, en pago de este amor, que reviste tantas formas magníficas, que es tan liberal, constante y magnánimo, sólo nos pide un recuerdo! ¡No olvidar que Él está allí; acordarnos que está á nuestra disposición; saber que nos espera y nos ofrece sin cesar todos sus bienes, es todo lo que Él desea, todo lo que exige, todo lo que solicita de nosotros! Sólo nos pide, sólo nos suplica que «nos acordemos de Él.»

¡Ah! ¡Quién comprendiera lo que encierran de amor y de ternura estas palabras del Salvador! ¡Con qué armonía, dulzura y poder suenan al oído del corazón! Pobres, débiles, afligidos, tentados, turbados, desfallecidos, ciegos, desnudos, hambrientos, pecadores, á todos vosotros os pido, por vosotros y por mí: «¡Acordaos de mí!»

¡Salvador de mi alma, Jesús-Hostia, yo quiero acordarme de Vos! Me lo propongo desde este momento. Pero ya sabéis lo que valen, lo que pueden, lo que duran mis reso-

luciones si vuestra gracia no las previene y sostiene.

¡Haced, pues, todo! Concededme la gracia de acordarme de Vos y guardadla Vos mismo en mi alma. Dadme que piense en Vos, en vuestro Sacramento, con un recuerdo constante; que no ceda ni á las preocupaciones de mi trabajo, ni á las distracciones de la vanidad, ni á las seducciones del mundo, ni al agobiamiento de mis disgustos. Dadme que me acuerde de vuestra Eucaristía por todas partes; en la soledad de mi morada, en mi familia, en mis relaciones sociales, en todas partes.

Que vuestro divino recuerdo temple y santifique mis alegrías y mis placeres; que dulcifique, sobrenaturalice y haga útiles y fecundos mis sufrimientos y mis lágrimas.

Que os consagre un recuerdo de amor con mi corazón. Que os consagre un recuerdo tal como Vos lo queréis; que me haga fiel á vuestro Sacramento, respetuoso en su presencia, solícito en recibirle; siempre digno de Él.

Que mi vida esté enteramente ordenada, instituída para Vos, dirigida hacia Vos, vivificada por Vos.

¡Oh Eucaristía! Que tu recuerdo sea el sol

de mi vida, la luz de mi espíritu, la pasión de mi corazón, la salvaguardia de mi conciencia, la pureza de mis intenciones, el móvil de mis pasos, el poderoso apoyo de mi oración; en una palabra, mi fe, mi esperanza y mi amor.

¡Que yo viva de tu recuerdo, Sacramento de Jesús!